

## EL ESTILO DE KISSINGER

**L**A clarificación de Grecia, el progreso del poder civil liberal en Turquía, son sucesos tan poco inocentes como sus avatares históricos anteriores. Como la reorganización —si cabe palabra tan burocrática— de Chipre. Se trata, probablemente, de un arreglo general del Mediterráneo oriental, que pertenece al mismo grupo de acontecimientos de la orilla de enfrente, de la orilla árabe-israelí. Son todavía acontecimientos que pertenecen a la diplomacia nixoniana. No ha de extrañar porque la diplomacia nixoniana es la de Henry Kissinger, que le inspiró y que le sobrevive en el poder, probablemente con más fuerza ahora que antes. Nixon no era un Presidente sin personalidad, y en ciertos aspectos de la política exterior tenía sus intereses propios, que se imponían a los de su secretario de Estado. Por ejemplo, en el caso cubano, en el que estaba sometido a los intereses del «lobby» de Batista a través de su banquero personal, Bebe Rebozo. Todos los intentos de revisión del «caso cubano» fracasaban al llegar a la Casa Blanca. Ahora puede ocurrir que en el espacio de unos meses se llegue al desbloqueo de Cuba; ya Panamá ha dado el primer paso al reanudar sus relaciones con La Habana, y no deja de ser interesante que lo haya hecho a continuación de la caída de Nixon. Panamá mantiene ahora unas negociaciones muy estrechas con los Estados Unidos para la revisión de los acuerdos —leoninos— del canal, y sería extraño que hubiese dado este paso sin haber medido su peso en tales negociaciones. Con el Presidente Ford, al menos en estos primeros tiempos, Kissinger no va a encontrar grandes dificultades en realizar su política.

**L**A diplomacia nixoniana, anunciada ya en la campaña electoral de 1968 y mantenida desde entonces, consiste en una especie de retirada militar de los Estados Unidos de los puntos conflictivos y el retiro a otros de mantenerlos, para dedicarse al apaciguamiento y la colaboración con los más fuertes de los presuntos enemigos: con la Unión Soviética y China. Una diplomacia imposible de realizar sin la anuencia, o la connivencia, de estos presuntos enemigos. Tiene la ventaja de que va en el sentido de los deseos de las poblaciones en general, que han vivido todos los años de la posguerra con la amenaza de una guerra nuclear general, y en el de un relajamiento de las condiciones políticas de esa posguerra; es decir, de un regreso a la democracia formal. Este tipo, o este estilo de diplomacia, tiene una oposición interior en los Estados Unidos: la que representa el senador Jackson. Jackson es un personaje típico del liberalismo americano: pretende una política esencialmente opuesta en el interior y en el exterior. Una democracia interior y lo que se ha llamado un fascismo exterior. No es algo excepcional. Si nos volvemos hacia la Historia antigua, nos encontraremos con que la dorada Grecia de Pericles no buscaba otra cosa, como no la busca Roma en sus épocas democráticas. Pero no hay que ir tan lejos: El reciente Imperio británico, de Disraeli y Gladstone a Winston Churchill, estaba basado en ello. La conquista y la represión en los territo-

rios exteriores permitían una considerable riqueza en el país, que, multiplicada por la revolución industrial, permitió el establecimiento de una democracia parlamentaria que llegó a considerarse como ejemplar y que conserva todavía parte de su mito. El senador Jackson parte del hecho de que los Estados Unidos son el país más fuerte y más rico de la Tierra, y que, por lo tanto, todas sus acciones exteriores deben estar encaminadas, primero, a que no deje de serlo; segundo, a que todas las confrontaciones internacionales se lleven inevitablemente a ese terreno —fuerza y dinero—, en los que no hay posibilidades de perder. Está apoyado por los estamentos más conservadores del país. Se suele creer que sus ideas son las del Pentágono y la industria militar. Son también las de los medios judíos, las de los cubanos, las de los sindicatos organizados como fuerza anticomunista. Para Jackson, las negociaciones con la Unión Soviética y con China no tienen sentido; las conferencias de desarme y de seguridad en Europa son peligrosas. Jackson aspira a ser Presidente en 1976 por el Partido Demócrata.

**G**RACIAS a esta oposición, Kissinger puede aparecer como un pacifista liberal. Sin embargo, sus objetivos son los mismos, pero por distinta vía. Kissinger es un secretario de Estado imperial que maneja unos valores más adecuados al mundo de hoy. Quizá deba su estilo al aprendizaje de niño judío en la Alemania prusiana y nazi, quizá sea una fuerza ancestral mayor. Consiste en no oponerse nunca a las grandes líneas de fuerza, sino en utilizarlas en su favor. Tiene una vieja sabiduría. Su primera operación ha sido la de asegurarse una cierta neutralidad en los dos enemigos de los Estados Unidos en los últimos veinticinco años: la Unión Soviética y China. Una política mundial dura por parte de los Estados Unidos, una perpetuación de la guerra fría y una multiplicación de los armamentos ofensivos quizá hubiesen hecho que la Unión Soviética y China redujesen sus rencillas mutuas y buscasen una especie de unión, como la que tuvieron en otros tiempos. La impasibilidad con que los dos países han asistido a la paz en Vietnam, que les constaba que era falsa y que no implicaba una retirada auténtica, fue el primer síntoma de que la política de Kissinger podía funcionar. Y sigue funcionando. A cambio de un desbloqueo mundial, de una exportación de tecnología y bienes de consumo, de una situación que permita a esos países buscar un mejor nivel de vida para sus ciudadanos, la Unión Soviética y China no se mezclan en la política imperial de los Estados Unidos: no se consideran vitalmente amenazados por ella.

**D**E esta forma, los éxitos de Kissinger para los Estados Unidos en estos últimos años han sido muy importantes. Ha conseguido retirar las tropas de su país en Vietnam sin que la situación real en toda la Península indochina cambie en la realidad, pero saldando no solamente la enorme ola de propaganda antiamericana en el exterior, sino la crisis interior de sociedad, que se había hecho enormemente aguda.



Kissinger puede aparecer como un pacifista liberal, pero su estilo consiste en no oponerse nunca a las grandes líneas de fuerza, sino en utilizarlas en su favor.



El senador Jackson parte del hecho de que los Estados Unidos son el país más fuerte y más rico de la Tierra, y que, por lo tanto, todas sus acciones exteriores deben estar encaminadas a que no deje de serlo y a que todas las confrontaciones internacionales se lleven al terreno fuerza-dinero, en donde no hay posibilidades de perder. Negociar, a su entender, no tiene sentido.

Desde que los jóvenes americanos no tienen que ir a la guerra, la protesta juvenil ha disminuido bastantes puntos y su idealismo pretendido se ha reducido notablemente. Ha manipulado en el Oriente árabe hasta llegar a la visita victoriosa de Nixon, con un resultado doble: el puramente referido a la zona y el de la manipulación de las materias energéticas, que, como consecuencia, le ha traído una subordinación de Europa Occidental. Y ahora, todo este juego del Mediterráneo oriental, que le va a hacer ganar las bases de Chipre, la seguridad de Turquía y la imposibilidad de Grecia de reaccionar. Todo ello, con el silencio cauteloso de la Unión Soviética, que incluso se ha abstenido de condenar a Turquía en el Consejo de Seguridad para no enemistarse con sus fronterizos y con quienes tienen la llave del paso de sus flotas al Mediterráneo.

Si medimos la imagen de los Estados Unidos en la época de Johnson y en la actualidad, veremos hasta qué punto ha sido notorio su progreso. Aun amenazados por la inflación, este riesgo económico es mucho menor que en cualquier otro país del mundo. Incluso la larga y terrible pesadilla del Watergate ha servido, a la larga, para mejorar la imagen, como un «happy end» de película, en el que el malo pierde y gana la virtud. Esto es: la democracia y sus instituciones, la prensa libre, el poder judicial independiente, la voluntad del pueblo, representada por el Congreso... Sin que todo ello deje de ser estrictamente cierto, hay que advertir siempre la diferencia entre democracia interior y fascismo exterior. Cien gobernantes peores que Nixon han sido colocados por Estados Unidos en países subordinados.

¿ES ésta la hora de sustituirlos? Quizá Kissinger haya aprendido una lección que comenzó a dictar Kennedy: la de que era más seguro contar con países de gobernación formal democrática que con tiranías siempre en peligro de ser devoradas por revoluciones, como ya estaba sucediendo. Kissinger está dejando que estallen los conflictos acumulados y contenidos en épocas anteriores. Como los de Oriente árabe, como el de Chipre, como los de Indochina. Que estallen primero para que las condiciones de paz surjan de una manera inevitable. Es una política de guerras locales y de miles de muertos. Una paz caliente, una diplomacia quirúrgica. Tiene la seguridad, con la que no contaban sus antecesores, de que la Unión Soviética interviene hasta un punto que está controlado, y del que no va a pasar nunca, y de que al final le va a ayudar a sacar adelante la paz.

NATURALMENTE, la política de Kissinger no se produce con toda su pureza, como ninguna otra en el mundo. Está mediatizada por el grupo que hemos convenido en señalar como el de Jackson, que no permite que se desarrolle enteramente. Pero la resultante va en su favor. Cada vez más el mundo occidental está plegado a los deseos de Washington, cada vez más el Tercer Mundo canaliza sus fuerzas por los Estados Unidos, lo permite que sea su intermediario. Y cada vez más la opinión pública se hace sensible a esta democratización buscada con fines aparenciales. No tardará en verse probablemente con una acción reconciliadora con Cuba. Y es muy posible que la tiranía de Chile esté también emplazada, a la larga. Por lo menos, que se someta a una especie de transformación. Su estilo no interesa a la nueva manera imperial. ■

# EL JUEGO DE CHIPRE

TODO la gran política internacional gira ahora en torno a Chipre; la tragedia de la isla y sus habitantes sirve para que cada uno, grande o menos grande, trate de sacar su propio partido. Es natural: todos los acontecimientos de estos últimos tiempos, y los que han de venir, conducen a un nuevo arreglo general del mundo que se pretende estable.

La inmovilidad de los Estados Unidos desde el primer momento obedecía a que era su juego y se realizaba con arreglo a sus planes. Pero aparece ahora un elemento importante: el plan soviético. El plan soviético viene a

do. Se conseguiría así lo que la propuesta del gobierno soviético llama «un foro representativo de Estados que reflejan la imagen política del mundo actual». La intención claramente visible en el plan soviético es la de recuperar la existencia de Chipre como nación independiente o no alineada; podría esperar que la abundancia de países no alineados en la conferencia internacional intentaría también la recuperación de Chipre por una vía bastante defendible: el retroceso a la situación anterior, incluyendo la reposición del arzobispo Makarios en el cargo del que fue expulsado por la fuerza. Las venta-



«A Washington le interesa que pase el tiempo sin que se encuentre ninguna solución...»

coincidir con lo que pide Grecia en un momento en que precisamente Grecia se encuentra abandonada y en plena agitación anti-americana: se lleve o no adelante, sirve ya para que Grecia se incline del lado de la URSS. Lo que propone este plan es la internacionalización del problema. Chipre sería objeto de una conferencia mundial en la que estarían presentes los cinco grupos directamente interesados en el problema —Grecia, Turquía, Gran Bretaña (por sus bases y su condición de garante de los tratados anteriores), la comunidad griega y la comunidad turca de Chipre—, los quince miembros actuales del Consejo de Seguridad y algunos (un número no determinado) de países del tercer mun-

do. Se conseguiría así lo que la propuesta del gobierno soviético llama «un foro representativo de Estados que reflejan la imagen política del mundo actual». La intención claramente visible en el plan soviético es la de recuperar la existencia de Chipre como nación independiente o no alineada; podría esperar que la abundancia de países no alineados en la conferencia internacional intentaría también la recuperación de Chipre por una vía bastante defendible: el retroceso a la situación anterior, incluyendo la reposición del arzobispo Makarios en el cargo del que fue expulsado por la fuerza. Las venta-

jas que se derivarían para la URSS de esta solución son, por lo menos, dos: que Chipre se mantenga neutralizado en lugar de convertirse en portaaviones de la OTAN, y que la URSS represente un papel importante en el Mediterráneo, un papel de pacificador y de mediador para soluciones justas que esta vez le ha fallado, deliberadamente, a Kissinger.

Naturalmente, son estas las razones para que el equipo occidental se oponga al plan soviético. Washington lo ha acogido con una fingida indiferencia, con una especie de desinterés y con la clásica respuesta que da desde hace muchos años a todas las ideas soviéticas que no le son útiles, la de que «se trata de una manio-